

quince mil el número de los moros que atacaron este día nuestras líneas, siendo mandadas por un valiente y hermoso jóven de Rabat, llamado *Hach-el-Arbi*, más conocido entre los marroquíes con el nombre de el *Santo de Guazan*. Este caudillo acababa de llegar con mil quinientos caballos y otras tropas de rey, á reforzar y dirigir las turbas irregulares de los voluntarios y kabilas, prometiéndose batir á los cristianos y tomar á Ceuta en el espacio de una semana; pero la suerte le fué adversa, pues cayó muerto detrás del Serrallo, de donde los suyos retiraron su cáver.

Las pérdidas de los moros fueron considerables: las nuestras consistieron en un oficial y treinta y seis individuos de tropa muertos y diez oficiales y ciento cincuenta y tres individuos heridos, segun los partes.

La guerra se iba formalizando á medida que pasaba el tiempo y los marroquíes organizaban sus fuerzas; pues al principio, el desprecio con que miraban á los españoles, á quienes creían cobardes y débiles como mujeres, les habia infundido la creencia de que bastaria el empuje de sus desordenadas muchedumbres, para exterminarlos y arrojarlos de las plazas que ocupamos en las costas africanas. Los escarmientos sufridos durante un mes les habian hecho más cautos, si no menos orgullosos, obligándoles á remover todo el imperio y á levantar ejércitos, á cuyo frente debia ponerse el emir Muley-el-Abbas, hermano del Emperador.

Continuaban entre tanto los trabajos en el camino de Tetuan, hácia donde salió el general PRIM con su division al amanecer del 17 de Diciembre. Ninguna novedad ocurrió durante la mañana, y solo á larga distancia divisaron los puestos avanzados algunos exploradores del enemigo. Habiendo escalonado las fuerzas en la forma que la experiencia y el conocimiento del terreno hacian considerar más conveniente, se adelantó el Conde de Reus á reconocer el valle hasta unos dos kilómetros más allá en direccion al cabo Negro: á su regreso, encontró al General en jefe, que llegaba en aquel momento, y noticioso de que los moros se proponian atacar de un momento á otro, habia dispuesto que se destacase en apoyo de la reserva una division del tercer cuerpo, al mando del general Turon.

Reinaba, sin embargo, en el campo la mayor tranquilidad, y así continuó hasta las dos de la tarde, hora en que los marroquíes aparecieron repentinamente y en gran número por las cañadas que desembocan hácia el Castillejo, llegando á reunirse hasta cuatrocientos caballos en la llanura, y coronando las alturas más de dos mil infantes. Con sujecion á las órdenes del general PRIM, los confinados que se hallaban

situados en el Castillejo y casa del Marabut, se retiraron; y efectuado este movimiento con la mayor calma y sangre fría, avanzó sobre el frente una compañía de cazadores de Vergara, cuyas descargas derribaron muchos hombres y caballos. El fuego se hizo general en toda la línea; nuestras tropas ocupaban las mismas posiciones que el día 12, formando dos columnas con los batallones de Vergara y de Cuenca en el centro; á vanguardia los confinados, que se portaron admirablemente, y á retaguardia un escuadron de caballería. Cuando el enemigo estuvo cerca, una valiente carga, dada al grito de *¡Viva la Reina!* bastó para dispersarle. Al mismo tiempo los batallones de Almansa y Príncipe, no sólo sostenían el ataque por la derecha, sino que algunas fuerzas de ellos llegaron á combatir cuerpo á cuerpo con los moros, causándoles muchas bajas. También la division del tercer cuerpo entró en fuego por esta parte, quedando al anochecer despejado el campo de enemigos, que no dejaron sin embargo de picar la retaguardia en el momento de la retirada de nuestras tropas. El general PRIM fué el último que abandonó el teatro de la acción, habiendo tenido aquel día la satisfaccion de sostener el combate, sin que por un momento se interrumpieran los trabajos del camino, el cual quedó expedito para la infantería y caballería hasta el Castillejo.

Nuestras pérdidas fueron relativamente muy pocas, pues solo ascendieron á tres muertos y veintitres heridos. El General en jefe, refiriéndose á esta acción en el parte que dió al Gobierno, decia:—“Testigo presencial de las acertadas disposiciones tomadas por el general Conde de Reus, me cabe la mayor satisfaccion en significarlo.,”

El cielo impuso treguas á los combates entre españoles y marroquíes durante los días 18 y 19, descargando sobre la Tierra un nuevo diluvio, que por espacio de treinta y seis horas amenazó arrasar nuestros campamentos. La última noche, sobre todo, fué espantosa: el huracan rugia desencadenado, tronchando árboles, arrancando las peñas de su asiento, y parecia que el mar enfurecido iba á dejar su lecho para abrirse paso al través de las riscosas costas. A consecuencia de esto resintiése más aun el estado sanitario de las tropas, creciendo considerablemente los estragos del cólera.

El día 20 de Diciembre amaneció frío y nebuloso, y para distraer el mal humor de los soldados, que se aburrían cuando faltaban las acostumbradas visitas de los moros, dispúsose que la música de cada cuerpo tocase los aires nacionales más conocidos de su gente: en consecuencia resonaron á un tiempo por aquellos valles las

jotas y manchegas, el fandango y la muñeira, formando alegre y discordante algarabía, y los soldados empezaron á entonar cada uno su canto favorito, con lo que el campamento recobró su animacion acostumbrada.

La alegría fué completa cuando á cosa de las diez resonaron algunos cañonazos hácia los reductos Francisco de Asís é Isabel II, siguiéndoles á poco un vivo fuego de fusilería. Estaban allí los moros. Esta vez habíaseles aguardado sin disparar un tiro, hasta que llegando al pié de ambos reductos, fueron cargados á la bayoneta por el batallon de cazadores de Mérida, y dispersados luego en su fuga por la artillería.

Despues de aquella derrota, vieronse algunos ginetes moros que llevaban banderas verdes, rojas ó amarillas, corriendo por toda la línea como si transmitiesen órdenes á sus desparramadas fuerzas, las cuales se corrieron hácia el campo ocupado por nuestro tercer cuerpo de ejército; pero allí los aguardaba el general Ros, que haciendo avanzar la vanguardia protegida por cuatro piezas de montaña, les obligó á retroceder diezmados, pero no arrepentidos, hasta perderse como siempre en los bosques y quebraduras de la sierra.

Dos dias despues, el 22 de Diciembre por la mañana, habiendo mejorado el tiempo, el general PRIM emprendió la marcha con la division de su mando, para continuar los trabajos del camino carretero de Tetuan: estableció sus fuerzas escalonadas de una manera análoga á la de los dias anteriores, y situó sobre su derecha la division del general Quesada, que se extendia hasta el campamento del tercer cuerpo.

Durante la mañana, el Conde de Reus no cesó de observar que el enemigo, descendiendo de las montañas en crecidos grupos, se establecia en todas las posiciones de su frente, mientras que fuerzas considerables de caballería se dirigian á larga distancia desde la parte de Cabo Negro por los valles que conducen hácia el boquete de Anghera, y algunas carabanas atravesaban de la costa á las montañas, conduciendo al parecer víveres y municiones.

Desde el fuerte del Hacho se habian observado tambien estos movimientos del enemigo; y hechas las señales correspondientes, dispuso el General en jefe que marchasen á ponerse á las órdenes del Conde de Reus dos escuadrones de húsares.

“El llano ó valle de los *Castillejos*, dice un testigo de vista, es mucho más ancho que el del *Tarajar*. Su mayor extension es por el lado de la playa, y desde allí pe-

netra tierra adentro, estrechando siempre hasta reducirse á una especie de cañada, que da un rodeo y va á perderse en Sierra-Bullones. Este triángulo imperfecto es verde y risueño en sumo grado, y está cortado por altas arboledas, que suben luego, escalonándose, á los montes que lo determinan. Dos únicos accidentes ofrece la soledad de esta llanura: las ruinas de una antigua casa fortificada que se llama el *primer Castillejo*, y un *Morabito*, tambien ruinoso, que debió ser parecido á la *Mezquita*, que hay cerca de Ceuta ¹.

Decidido el general PRIM á probar aquel dia el valor de la decantada caballería africana, tomó sus disposiciones y aguardó. A la una de la tarde todos nuestros puestos avanzados fueron atacados por el enemigo, que mostraba gran empeño por apoderarse del *Morabito*, empleando al efecto numerosas fuerzas de infantería y caballería; pero fué victoriosamente rechazado con grandes pérdidas por los certeros fuegos de nuestra artillería de montaña, secundada por la de algunos buques convenientemente situados, y por la compañía de confinados, que cargó á los moros á la bayoneta con mucho arrojo é intrepidez.

Quebrantada la derecha del enemigo, comenzó á descender su caballería por la llanura del *Castillejo*: aquel fué el momento que el general PRIM creyó oportuno para emplear los dos escuadrones de húsares, haciendo avanzar uno de ellos y conservando el otro en reserva, por sí las circunstancias exigian que tomase parte en el combate.

Los húsares partieron alegres y en cerradas filas, comunicando su ardor á las demás tropas, que los miraban operar llenas de entusiasmo y curiosidad; pero al llegar aquellas al campo abierto, no percibieron por ninguna parte un solo enemigo. De pronto, y como obedeciendo una misteriosa consigna, desprendióse de las arboledas que marcaban el valle un vistoso escuadron de ginetes moros, que aparecieron á un tiempo por cien puntos distintos, y avanzaron hácia los húsares en anchuroso semicírculo, llenando materialmente la llanura. El comandante de nuestros húsares mandó avanzar una seccion de ellos, que se adelantaron en apretada y rigurosa formacion, contrastando su marcha regular con el desórden de la línea enemiga, la cual seguia aproximándose á la desbandada, como si se propusiera envolverlos; pero cuando ya se disponian los nuestros á cargar espada en mano, vióse á los moros volver grupas rápidamente, y correr á internarse en la cañada en que terminaba la llanura. Detuviéronse allí; pero viendo que nadie les seguia, vol-

¹ *Diario de un testigo de la guerra de África*, por D. Pedro Antonio de Alarcon.

vieron á emprender su movimiento de avance, colocándose otra vez en semi-círculo. Proponiáanse atraer á nuestros húsares hácia una emboscada, y así lo comprendió su comandante; pero irritado por la provocacion del enemigo, se decidió á dar la carga á todo riesgo, y en consecuencia mandó avanzar al trote á los impacientes ginetes.

Los moros no aguardaron el choque: por segunda vez huyeron precipitadamente hácia la cañada, en el momento en que un ayudante del general PRIM comunicaba á los nuestros la órden de retirarse.

Esta disposicion no pudo ser más oportuna; pues la infantería enemiga, que habia estado hasta entónces oculta entre la maleza, comenzó á disparar por ambos flancos, dando furiosos alaridos, y cruzando sus fuegos sobre el escuadron de húsares. Estos se retiraron con el mayor órden, y recorrieron la llanura en todas direcciones sin encontrar obstáculo de ningun género.

A las tres y media de la tarde se suspendieron los trabajos para regresar al campamento, y á las cuatro empezaron á emprender la marcha los batallones que estaban más inmediatos al Castillejo. Ninguna dificultad hubo en el primer período de la retirada; pero al llegar á la altura de la posicion que ocupaba á la derecha el batallon de cazadores de Llerena, cargó el enemigo con tanto empeño y fuerzas de infantería y caballería, que creyó necesario el general PRIM hacer adelantar los batallones de Vergara y Cuenca y una seccion de húsares, á las órdenes del coronel Estremera, á ocupar las posiciones que antes tenian sobre el flanco derecho de los moros. Esta operacion combinada con algunos disparos de artillería, produjo el resultado más satisfactorio y dió término al combate. El enemigo emprendió su retirada precipitadamente, sufriendo en ella considerable número de bajas. No es posible precisar las nuestras por la tendencia á disminuirlas que generalmente se observa en los partes; pero segun el que dió el general PRIM, fueron insignificantes en la division de su mando. Refiriéndose á esta jornada, manifestó el general en jefe hallarse "altamente satisfecho de la prontitud é inteligencia con que fueron ejecutadas sus órdenes, y muy particularmente de la tranquilidad y acierto con que el Conde de Reus dirigió todas sus operaciones."

V.

Dos enemigos, ambos invisibles, habian adquirido ya celebridad en nuestros campamentos: el uno, el más tremendo, heria y mataba sin cesar, postrando el ánimo del soldado, que no podia defenderse contra sus traidores ataques: tal era el cólera, que paseando por todas partes su silencioso carro de muerte, á nadie perdonaba. El general Ros de Olano se sintió acometido de la terrible dolencia, lo que causó gran consternacion entre sus tropas: los generales García y PRIM tuvieron que guardar cama, y otros muchos jefes y oficiales sufrían, como en la guerra, los golpes más ó ménos certeros del funesto azote.

El otro enemigo solo era conocido por su fama: se hablaba de él; se le suponía acampado detrás de las montañas, y se deseaba verle: tratábase de un guerrero formal, digno de medir sus armas con las nuestras; de un príncipe marroquí, hermano del Emperador: su nombre Muley-el-Abbas.

Este caudillo se encontraba efectivamente en el *Fondac*, hacia ya muchos dias, con numerosas fuerzas regulares, habiendo hecho alto en la encrucijada de los caminos de Tánger, Fez, Tetuan y Anghera, sin atreverse á echar por ninguno de ellos, hasta saber la direccion que tomaba el ejército cristiano, para salirle al encuentro. Al fin se decidió á marchar á Tetuan, donde hizo su entrada el 22 de Diciembre con unos mil caballos, mientras otros mil y hasta diez mil infantes acampaban en las inmediaciones de Cabo Negro. Detúvose poco en aquella ciudad, y partió luego con el propósito de atacar á nuestro ejército en sus campamentos al amanecer del próximo Domingo, primer dia de Navidad, y no dejar cristiano con cabeza; pues creia encontrarlos á todos ébrios y cansados de divertirse durante la *Noche-Buena*.

Los soldados españoles celebraban, en efecto, aquella noche con alegres cantares y bulliciosa algazara, llena de melancólicos y dulces recuerdos, la venida del Hijo de Dios. Los moros oirian quizá desde las crestas de los montes el ruido de aquellas expansiones de un júbilo inusitado, y verian las hogueras encendidas, cuyos resplandores, atravesando las densas tinieblas, llevaban hasta España noticias de sus valientes hijos.

A la media noche habia cesado completamente la gresca y el bullicio en nuestros campamentos: despues de haber consumido cada soldado su doble racion de vino y las provisiones destinadas á celebrar aquella alegre velada, restablecióse el silencio, y todos los que no estaban de servicio se retiraron á descansar, teniendo las armas por almohada y el oido atento al menor ruido; pues no dudaban que el enemigo vendría quizás á darles las buenas Pascuas antes del amanecer.

Apénas hubo sonado el toque de diana, se oyó desde el campamento del tercer cuerpo un tiroteo cercano, que á un mismo tiempo resonaba en toda la extensa línea de la trinchera; es decir, desde el reducto Francisco de Asís, situado á la derecha sobre la montaña, hasta la extrema izquierda, ó sea la orilla del mar. Eran los marroquíes mandados por Muley-el-Abbas, que atacaban de improviso á nuestro ejército, creyendo encontrarle desprevenido, dominado por la embriaguez y entregado completamente al sueño. Pero se engañaban: momentos despues de los primeros tiros, los batallones se hallaban formados y dispuestos á seguir, con la serenidad y arrojo de siempre, la direccion de sus jefes. La guarnicion de las trincheras permaneció inmóvil, contestando á pié firme al fuego del enemigo, mientras que algunas columnas avanzaban por las laderas de los barrancos, dirigiéndose á la vez por el centro, por la derecha y sobre el camino de Tetuan bajo las respectivas órdenes de los generales Turon y Quesada y brigadier Cerbino.

Serian las nueve de la mañana cuando el general Quesada, que seguido de sus ayudantes, armados como él de carabinas, marchaba á la cabeza de sus fuerzas entre un vivísimo fuego, les gritó con voz enérgica: “¡No tirar! ¡No tirar! Están cortados! ¡A la bayoneta! ¡Viva la Reina!”, —Los moros estaban efectivamente cortados: una parte considerable de sus fuerzas se hallaba aislada, envuelta en un círculo de muerte. No les quedaba más recurso que rendirse á discrecion; pero aquellos fieros hijos del desierto prefirieron morir matando á deponer las armas. Unos cuarenta intentaron huir arrojándose por las rocas al mar, y allí en la playa quedaron todos cosidos á bayonetazos. Los demás huyeron llevándose penosamente multitud de heridos, y dejando el campo sembrado de armas, municiones y pertrechos militares.

El general Turon sostenia entre tanto, un rudo combate sobre la derecha, á donde iba cargando el enemigo despues de su derrota hácia la playa. El fuego se hizo general en toda la línea, extendiéndose hasta la parte de los reductos cubierta por el primer cuerpo; pero el general O'Donnell, que ya dirigia personalmente el com-

bate, conociendo que los moros volverian á concentrar sus ataques sobre la izquierda, se trasladó al punto de mayor peligro, mandando al mismo tiempo reforzar la artillería del tercer cuerpo con algunas piezas de montaña.

La lucha fué ruda aquel día y se prolongó hasta las tres de la tarde, hora en que los moros, desalojados de todas sus posiciones por nuestra valiente infantería, emprendieron la retirada, desapareciendo al otro lado de las montañas.

Tal fué el combate del 25 de Diciembre, dirigido en persona por el príncipe Muley-el-Abbas, que creyó ganar aquel día una victoria decisiva. Por la noche entraron en Tetuan más de trescientos moros heridos.

Las inclemencias del cielo volvieron á suspender por algunos días la sangrienta lucha entre españoles y marroquíes. Durante la noche del 25 descargó un espantoso aguacero, que, con más ó ménos intensidad, continuó hasta el 28.

El 29 de Diciembre amaneció despejado, resplandeciente y magnífico. Parte de las tropas de la division de reserva marchó á proteger los trabajos del camino de Tetuan, á tiempo que en lontananza, y hácia la parte de Gibraltar, comenzó á divisarse una escuadrilla de buques de vapor y de vela, que, al parecer, emprendian su movimiento hácia á las aguas de Ceuta. ¿Qué buques eran aquellos? ¿A dónde iban? ¿Serian ingleses que irian á proveer de víveres y municiones á los marroquíes, ó serian españoles y conducirian acaso la division del general Rios, que se estaba esperando? Tales eran las preguntas que se hacian unos á otros nuestros oficiales y soldados, perdiéndose en conjeturas, cuando se levantó un rumor que se extendió en breve por todo el campo; rumor formado por la repeticion de unas mismas palabras: “¡Son nuestros! ¡Son españoles!,”

La mitad del ejército acudió á las orillas del mar, circuyendo las playas y coronando las alturas de la costa: los anteojos de los oficiales pasaban de mano en mano, y todos miraban hácia los buques, ansiosos de divisar el pabellon querido de la patria.

A las doce de aquel día claro y sereno pasaban por delante de las costas africanas las naves españolas, formando dos divisiones, y avanzando majestuosamente, hasta dejar á su derecha el Cabo Negro é internarse en la rada en que desemboca la ria de Tetuan: eran aquellos buques el navío *Isabel II*, las fragatas de hélice *Blanca* y *Princesa de Asturias*, la corbeta *Villa de Bilbao*, y los vapores *Vasco-Nuñez de Balboa*, *Santa Isabel*, *Leon*, *Vulcano* y *Colon*: mandábalos el general de marina Don Segundo Herrera, y representaban una fuerza de trescientos cañones.

Los moros habian construido, bajo la inmediata direccion de sus amigos los ingleses, unas magnificas baterías rasantes en los fuertes que protegian la entrada del rio Martin, (ó *Guad-el-Jebú*, como le llaman los marroquíes), y nuestros nueve buques iban á poner á prueba la importancia de aquellas baterías: formados en línea de batalla bajo los fuegos enemigos, el general Herrera dió un viva á la Reina, pronunciando en seguida estas notables palabras: "El ejército está derramando noblemente su sangre por el honor de la patria: vamos nosotros á derramar la nuestra."

Inmediatamente comenzó un vivo cañoneo, que dió por resultado la destruccion de la batería principal, situada en la embocadura del rio, y de otras varias obras de fortificacion, sin que los fuegos de los marroquíes causaran daño alguno á la escuadra, que pudo regresar victoriosa aquel mismo dia á su fondeadero de Algeciras.

En el momento de oirse desde nuestros campamentos el estruendo remoto de la artillería de mar, resonó más cerca, y hácia el camino de Tetuan el estrépito de la fusilería. Los moros atacaban al batallon de Vergara, que protegía los trabajos de los ingenieros, y que resistió valientemente la acometida de fuerzas triplicadas, mientras llegaba en su apoyo el general Quesada con los cazadores de Llerena. El fuego cesó pronto por aquella parte; pero repentinamente apareció una innumerable multitud de enemigos, saliendo de los enmarañados bosques situados á nuestra derecha, revueltos los de á pié con los de á caballo, corriendo estos en todas direcciones, agitando banderas, arengándose, amenazándose y hasta golpeándose unos á otros. De este modo avanzaron al encuentro del regimiento de Albuera, que marchaba hácia ellos, trabándose al momento un vivo tiroteo. Pronto resonó el vehemente toque de ataque de nuestras cornetas, y los moros se vieron cortados, cayendo sobre ellos á la bayoneta los cazadores de Baza, que estaban al efecto prevenidos y ocultos en un barranco. A Baza siguieron otros batallones, que avanzando con febril entusiasmo, desalojaron al enemigo de todas sus posiciones y no cesaron de perseguirle hasta penetrar en sus recónditas guaridas.

Cesó entónces el fuego, y nuestras tropas, rendidas de cansancio, reposaron sobre las alturas conquistadas, á tiempo que los buques de la escuadra empezaban á salir por detrás de Cabo Negro.

Entre tanto los moros, viendo que nadie les seguia y que se acercaba la noche, se aprestaban á renovar el combate. Los nuestros no podian aceptarlo á tales horas: érales forzoso volver á sus campamentos. La retirada se efectuó con orden, pero no sin que fuese necesario sostener una horrible lucha, en la cual estuvo á pique

de perecer una compañía de Baza, que hizo prodigios de valor: su capitán cayó muerto en la refriega: sin embargo, los bravos cazadores siguieron peleando cuerpo á cuerpo con sus feroces enemigos hasta arrojarlos por tres veces de una altura y quedar dueños del campo.

En esta reñida acción se observó que los moros tiraban con rifles de espiga ingleses; arma de mayor alcance y más fácil de cargar que la espingarda. Gracias á este nuevo refuerzo, que les había proporcionado su aliada la Inglaterra, los marroquíes se mostraban envalentonados á pesar de los escarmientos sufridos. Así es que se les vió reaparecer el día 30 de Diciembre, á la caída de la tarde, atacando con furia nuestras posiciones de la izquierda. Nadie les aguardaba ya en una hora tan avanzada: al momento se presentaron sobre las trincheras del tercer cuerpo los generales Ros de Olano, Turon, Quesada, PRIM, Zabala, García y otros, incluso el General en jefe; pero mientras se dictaban disposiciones y se enviaban fuerzas para repeler la embestida por aquella parte, principió un espantoso fuego por la derecha.

Cerró la noche sin que cesara el combate. Sucedió entónces una cosa horrible. A los cazadores de Ciudad-Rodrigo, que estaban sosteniendo lo más récio de la pelea, se les habían concluido las municiones. Aquellos valientes pedían cartuchos, mientras armaban la bayoneta aguardando á pié firme al enemigo, que no se hizo esperar. Las descargas á quemarropa de los moros eran contestadas á bayonetazos, empleando el fusil como una maza, lanzando enormes piedras, agarrándose unos á otros los combatientes, rugiendo y bramando como fieras.

A las siete llegaron á nuestros cazadores las deseadas municiones. Pero ¡que indisculpable falta, y qué cruel decepción! ¡Los cartuchos enviados no eran del calibre de las carabinas! Este contratiempo desespera é irrita á los valientes cazadores, que arrojando las inútiles municiones, gritan: *¡No importa! ¡Viva España! ¡A la bayoneta!* Y arremetiendo con creciente rabia, hicieron un supremo esfuerzo, á cuyo empuje no pudo resistir el enemigo, que se alejó bramando de ira y de despecho.

Con esta acción terminó el año de 1859. Al día siguiente hubo junta de generales, y se decidió en ella tomar la ofensiva, dándose la orden al ejército de disponerse para emprender la marcha en dirección á Tetuan. Esta noticia llenó de júbilo á las tropas. La división de reserva, al mando del Conde de Reus, debía ser la primera que avanzase á la descubierta de aquel país desconocido.

CAPÍTULO VI.

De Castillejos á Tetuan.

SUMARIO.—Batalla de los Castillejos.—Avanza el ejército español.—El general PRIM toma el mando del segundo cuerpo.—Paso de Monte-Negron.—Nuevos combates.—El campamento del hambre.—Paso y acción de Cabo Negro.—Vista á la llanura de Tetuan.

I.

Día de sangre, día de gloria fué el 1.º de Enero de 1860 : en él combatieron ocho mil españoles contra todo el poder de la morisma ; en él se vieron rasgos de valor inauditos, hazañas que recuerdan á los héroes de las Navas, de Otumba y de San Quintín; en él pelearon y vencieron juntos y revueltos el general y el soldado; en él adquirió DON JUAN PRIM uno de los timbres más preclaros que ilustran su nombre.

Amaneció aquel día clarísimo y sereno, como si el sol tomara parte en la alegría que circulaba entre las filas de nuestro ejército, sabedor de que al cabo iba á buscar á los marroquíes en sus mismas poblaciones. Desde antes de rayar el alba comenzaron á desfilar por la nueva carretera, junto á la playa , las tropas que componían la división mandada por el Conde de Reus, siguiendo á los batallones de Vergara, Príncipe, Luchana y Cuenca, y á los de Ingenieros y Artillería , dos escuadrones de húsares de la Princesa y dos baterías. Llevaban estas fuerzas el encargo de apoderarse por sorpresa de las posiciones que dominan el valle de los Castillejos , para facilitar la marcha del segundo cuerpo de ejército , que debía ir en pos de ellas, junto con el cuartel general del General en jefe. Las tropas del tercer cuerpo se hallaban sobre sus trincheras, dispuestas á marchar de frente y caer en el valle por su mayor altura.

Cuando la vanguardia de la division de reserva, compuesta de los batallones del Príncipe y Vergara, al mando del coronel Pieltain, dió vista á las primeras alturas, ya estaban estas ocupadas por los enemigos. Fué necesario arrojarlos de aquellas posiciones, así como tambien de unas escarpadas rocas, más á la derecha, desde las cuales los moros perfectamente parapetados hacian un mortífero fuego. De lo primero se encargaron los mencionados batallones, dando una vigorosa embestida: lo segundo fué ejecutado con no ménos bizarría por unas compañías de Cuenca, destinadas al efecto, quedando así en poder de nuestras tropas la meseta inmediata al valle.

Mientras continuaba el fuego para sostener las posiciones conquistadas, que el enemigo se esforzaba por recobrar, fueron llegando las demás tropas de la division, los dos escuadrones de húsares y una batería de montaña. El general PRIM colocó estas armas convenientemente, ordenó que todos dejaran las mochilas y grupas, y en esta disposicion aguardó las órdenes del General en jefe, que llegaron media hora despues. En consecuencia de ellas, y mientras una brigada del segundo cuerpo, al mando del brigadier Serrano, se encargaba de flanquear el bosque que ocupaban los moros, avanzó el Conde de Reus á la cabeza de los batallones del Príncipe y Vergara, apoyados por el de Luchana, marchando de frente á desalojar las numerosas huestes enemigas que se habian acumulado al abrigo de la colina y casa del *Marabut* (ó Morabito) y de los espesos jarales que se extendian por aquella parte desde los cerros inmediatos. El batallon de Luchana, mandado por el coronel Don José Estremera, pasó por la cañada del lado derecho; los escuadrones de húsares fueron á establecerse en la llanura, y los batallones de Artillería é Ingenieros quedaron como reserva en la meseta, desde donde debia dirigir sus tiros la batería de montaña.

El ataque simultáneo de las fuerzas de vanguardia, enardecidas por algunas palabras enérgicas del general que las mandaba, fué ejecutado con tal precision y bravura, que el enemigo tuvo que abandonar precipitadamente la casa del Morabito y las malezas inmediatas. En aquellos momentos acaeció un episodio interesante. Mientras avanzaban las tropas por el valle, apoyaban sus movimientos algunos barcos sutiles de nuestra armada, siguiendo arrimados á la costa y lanzando granadas sobre las hordas enemigas: pero los valientes marinos no se contentaron con prestar este servicio; y desembarcando unos cincuenta hombres, armados de rifles, al mando del comandante Don Miguel Lobo y del teniente de navío Don Luis Ga-